

JOSE REINEL RUIZ CHAVERRA
INSTITUTO DE FILOSOFÍA
SMN FOUCAULT ESC Y NORM
DICIEMBRE 05 DE 2007
U de A

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LAS RELACIONES DE PODER Y EL PENSAMIENTO PEDAGÓGICO DE MICHEL FOUCAULT

Este texto inicialmente está pensado a modo de reflexión teniendo en cuenta que responde a una primera aproximación a los textos de M. Foucault. A su vez está dividido en dos partes que tocarán temáticas distintas pero no así sin relación y contextualización. La primera, propondrá una reflexión en torno al cuerpo y las relaciones de poder en una lectura relacionada con la normalización y la homogeneización, teniendo en cuenta que la relación cuerpo-poder es una cuestión de sumo interés en el planteamiento del filósofo, tratándose de una relación que se torna indispensable para sustentar toda su argumentación teórica que para el autor representará una de las tesis fundamentales en lo concerniente a su concepción de poder, todo esto, teniendo en cuenta que el cuerpo se encuentra sumergido en un campo político en donde establece relaciones con otros cuerpos, siendo estas relaciones denominadas: "Relaciones de poder".

La segunda, está pensada desde el plano de la escuela, lo pedagógico, lo educativo, será un intento de comprender las "relaciones de poder" con el campo educativo, en suma, es una exploración, un rastreo de las propuestas o pensamientos pedagógicos del filósofo, haciendo un análisis tanto de sus obras como de las de sus analistas y críticos y, por último, intentar una relación, una traducibilidad de sus propuestas y planteamientos al mundo contemporáneo, es decir, intentar responder a las preguntas: ¿para qué nos sirve hoy leer a Foucault?, ¿tiene su pensamiento alguna aplicabilidad para la contemporaneidad?, etc.

La relación cuerpo-poder, cobra mucha relevancia en el planteamiento filosófico de Foucault, teniendo en cuenta que dicha relación se torna intrínseca para sustentar toda su propuesta filosófica, dado que, le representa al autor una de sus tesis fundamentales en su concepción de poder. Para él, el cuerpo se encuentra sumergido en un campo político en donde establece relaciones con otros cuerpos, las cuales reciben el nombre de "relaciones de poder".

De otro lado, la homogeneización y la normalización de los individuos y las poblaciones, constituye uno de los mecanismos lógicos utilizados como estrategia política para favorecer determinadas tendencias en una sociedad. La normalización, no obstante, también presenta una faceta intrínseca al campo relacional de los conceptos, la cual se denomina: la *regularidad*.

Ambos aspectos, la *homogeneización* y la *regularidad*, encuentran un punto de articulación a través de las normas; como las que pueden regularizar, al igual que pueden ser utilizadas para homogeneizar a los individuos.

Estos asuntos, reflexionados desde una perspectiva del poder de normalización, adquieren importancia en la medida que las personas tratan de resistir o contraponerse a aquello que atenta contra su singularidad. También son importantes

debido al manejo de los discursos que en el interior de las disciplinas tratan de explicar e intervenir sobre el hombre, ejercen una ciega influencia que afianza el ideal político de la homogeneización.

En el mismo sentido, este trabajo pretende resaltar la importancia del cuerpo investido de poder y el problema de normalización como aspectos inherentes a los campos de análisis propuestos por Foucault, más específicamente, como una estrategia política al servicio de las relaciones de poder. Desde este lugar, el poder se conceptualiza en términos de relaciones de fuerza; se comprende, pues, no como un concepto limitativo, negativo, que detentan unos pocos, y que sólo se ejerce por la prohibición y la censura, sino que su amplitud es tal que puede parecernos inaudita su potencialidad a la vez que se materializa perneando al hombre y todo lo que pueda concebirse de él. En toda relación de un punto a otro se presentan relaciones de poder. En las relaciones de amistad, amorosas, enoconómicas, se presentan juegos de poder, de fuerzas que posibilitan la creación de nuevas modalidades de relación; así, el poder se hace positivo.

Pero lo que dice Michel Foucault, va mucho más allá de las anteriores apreciaciones: el concepto de poder para el pensador no se queda estancado en la distinción de quienes lo tienen y de los que no lo tienen, o de quienes lo ostentan y de quienes lo padecen, puesto que él entiende que el poder no es una propiedad, es decir, es algo que no es exclusivo de una persona o de un grupo determinado, de ahí la importancia de entender que las relaciones acerca del poder nos muestran un factor que es inherente al mismo y que Foucault nos lo presenta en términos de relaciones de fuerza. Las nociones de juego, de apoyo y de estrategia son los demás componentes que hacen consistente el poder y nos revelan su mecanismo.

Las relaciones de fuerza son inmanentes a las relaciones políticas, económicas o de cualquier otro tipo; así también lo son de las relaciones que se pueden establecer entre intereses económicos y políticos, entre toda clase de discursos psicológicos, filosóficos, psiquiátricos, médicos, jurídicos y los objetivos de cualquier grupo o institución.

De este modo, se puede deducir que lo primero que debe entenderse por poder es la multiplicidad de relaciones de fuerza inherentes al dominio en el que se ejercen; los juegos que mediante constantes interacciones transforman o reafirman las relaciones de fuerza, los apoyos y superaciones que éstas encuentran entre sí, posibilitando la formación de sistemas o el aislamiento de las mismas y, por último, las estrategias que las hacen efectivas y que adquieren forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, y en las hegemonías sociales.

La locura, el sexo y el encierro, son ejemplos de los dominios a los que Foucault dirigió su mirada, extrayendo un nuevo modo de pensar el poder que resuena en los campos del pensamiento contemporáneo dedicado al estudio de la interacción del sujeto con la cultura.

En este sentido, se hace más apropiado hablar de relaciones de poder que del poder por sí solo, ya que éste se produce en toda relación de principio a fin. Al poder no hay que buscarlo, dice Foucault, en un punto central, en un lugar privilegiado que se expande creando formas exclusivas de poder. Ni el poder del Estado, ni el de la conciencia, desde este punto de vista, constituyen unidades estables, únicas, generadoras de poder. Para que el Estado sea una entidad generadora de poder, debe estar en relación con toda una serie de estamentos sociales representados por los sujetos o grupos de estos, que a su vez también irradian o reflejan poder.

Visto así, el poder es la relación misma, creada por las fuerzas intervinientes de los elementos que la conforman, es decir, que hablar del poder estatal es sólo un modo de

nombrar el efecto producido en el juego de intensidades entre dos o más campos, o en el juego de fuerzas de los elementos que conforman el Estado. Quizás, poder soberano o poder científico, sólo sea el índice de una gran ilusión cuya estrategia es hacer parecer que el poder está en manos de uno u otro, cuando en realidad aparece o desaparece según el carácter de las fuerzas de los elementos en acción.

Como ejemplo vemos que en la red de poder que crea la psiquiatría en tanto disciplina, éste se produce como efecto de las relaciones establecidas entre los componentes de la misma cómo lo son el médico, el hospital, el enfermo y otros saberes diferentes al psiquiátrico. Sin embargo, esos poderes detentados por sujetos no investidos por un poder médico psiquiátrico abre la posibilidad de comprensión y estudio de ese nuevo espacio social habitado por hombres que han perdido su relación con otros para establecer una relación con su propia animalidad; que como tal no se puede tratar, sólo corregir o domar. Por lo tanto, la condición de loco será siempre un juicio hecho por otro. Este es el origen del certificado de alineación, que expediría el médico, el juez o el policía.

En el texto *Hermenéutica del sujeto* se definen las relaciones de poder como “cualquier tipo de relación en la que uno intenta dirigir la conducta del otro, ya se trate de una comunicación verbal (...) o de relaciones amorosas, institucionales o económicas”. (Foucault, 1994, 125)

Una de las propuestas más interesantes que hace Foucault es develar al saber o saberes además de nombrar o articular en teorías la experiencia con el mundo, en sí mismos poseen el poder de influir sobre una sociedad, un grupo, un individuo. Así, lo deja explícito en el desarrollo de obras importantes como *El nacimiento de la Biopolítica* y *La microfísica del poder*, donde nos muestra cómo a finales del siglo XVII y durante el siglo XVIII, se despliega el primer tipo de tecnología –anatomopolítica del cuerpo- a la que Foucault llama disciplina observable en la aplicación de procedimientos que, al manipular el cuerpo tendiendo a su utilidad y docilidad, aseguraban una distribución especial y, por lo tanto, la creación de todo un campo de visibilidad.

Siguiendo un modelo individualizante, recuperando el cuerpo individual de cada hombre, esta primera tecnología pretendía aumentar la fuerza útil a través del trabajo; para ello debía disciplinar los cuerpos mediante su separación, adiestramiento y vigilancia. El cuartel, la fábrica y la escuela, se convirtieron en espacios donde los cuerpos podían ejercitarse en pro del servicio que prestaban a una sociedad asimilada a una máquina de producción.

A diferencia del sistema monárquico, en el cual el cuerpo era un organismo al que acechaba la muerte constantemente, la anatomopolítica instaurada a fines del siglo XVII, concebía el cuerpo como un “foco de fuerzas” para el desarrollo económico de una sociedad.

La conciencia de tener un cuerpo, desde esta perspectiva materialista, estaba condicionada por la influencia del poder sobre el mismo cuerpo. La exaltación del cuerpo bello, el ejercicio físico, no ha sido más el producto del instante, empeño que el poder ejerce en pro del cuerpo sano de los niños, de los soldados y de todos aquellos individuos cuyas fuerzas enriquecen y fortalecen a una sociedad.

En el curso de la segunda mitad del siglo XVII, aparece otro tipo de tecnología, Biopolítica de la especie, cuyo objetivo se centró en la regularización de los individuos o poblaciones, puesto que las “sociedades industriales podían contentarse con un poder sobre el cuerpo mucho más relajado, menos indispensable” (Foucault, 1992,

114).¹ En este momento la intención del poder no era tanto apoderarse del cuerpo individual, como de ejercer su función sobre el hombre-especie, procediendo en el sentido de la masificación, no de la individualización.

La Biopolítica de la especie humana, nombre que le otorga Foucault a esta tecnología del poder, trabaja con un elemento que no conocían ni la teoría ni las prácticas disciplinarias: la noción de población. La teoría del derecho sólo conocía el individuo y la sociedad, mientras que la anatomopolítica sólo conocía al individuo y su cuerpo.

El objeto de la Biopolítica es la extracción y maximización de fuerzas por medio de una optimización de la vida. Por ello sus mecanismos son esencialmente reguladores, puesto que se trata de realizar intervenciones en el nivel de las determinaciones de los fenómenos generales. Tenemos entonces dos tecnologías de poder cuyos elementos podemos agrupar en dos series: la serie cuerpo-organismo-disciplina-instituciones, y la serie población-procesos/biológicos-mecanismos/reguladores-Estado. Entre ambas casi siempre se presenta algún grado de interacción, no excluyéndose la una a la otra. Así, la sexualidad, por ejemplo, como comportamiento corporal se encuentra sometido al efecto disciplinario que ejerce la anatomopolítica mediante la vigilancia permanente; en razón de ello se encuentran los controles sobre la masturbación, impuestos a los niños tanto en la familia como en la escuela. Ahora, dado que la sexualidad también se inscribe en el ámbito poblacional por su relación con la población, por la interacción con este proceso biológico que no concierne solo al individuo sino a la población como unidad múltiple, por esa afectación, la sexualidad se sitúa en el punto donde la disciplina y la regulación se entrecruzan.

El cuerpo está también directamente inmerso en un campo político, las relaciones de poder lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos. Desde esta mirada entonces, el cuerpo podemos concebirlo como algo que está imbuido en las relaciones de poder, no puede escapar de ellas, sólo puede actuar dentro de las relaciones de poder, puede pensarse entonces que el cuerpo se convierte en una presa inmediata del poder en sus múltiples dimensiones, desempeñándose como autor principal de tales relaciones.

Para Foucault, el cuerpo desde lo individual, representa un pequeño poder, el cual denomina micropoder; éste entra en relación con otros micropoderes, los cuales se manifiestan en diversos campos, como por ejemplo: en el campo social, económico, político, religioso, cultural, etc. Desde tales relaciones de micropoderes, resulta la creación de normas, contratos, convenios, acuerdos, formas de propiedad, en fin, diversas relaciones que involucran al cuerpo.

Este poder, por otra parte, no se aplica pura y simplemente como una obligación o una prohibición, a quienes “no lo tienen”; antes bien, los invade, pasa por ellos; se apoya sobre ellos, del mismo modo que ellos mismos, en su lucha contra él, se apoyan a su vez en las presas que ejerce sobre ellos.

El cuerpo pues, ha sido utilizado como objeto y blanco de poder; objeto en el sentido que ha sido visto y valorado como instrumento productivo, exigiendo algunos ejercicios y maniobras para tal fin, y como blanco de poder, porque se ha visto inmerso en un campo político, el cual lo rodea en relaciones de dominio y viceversa.

De lo anterior se comprende que la estrecha relación entre poder-cuerpo es innegable y se constituye en una de las tesis fundamentales de Michel Foucault: el poder no está

¹ Recordemos que para el primer tipo de tecnología, la anatomopolítica, la disciplina del cuerpo era su principal objetivo.

por fuera del hombre. El poder se encuentra en el hombre mismo, en su existencia como tal, no está por fuera de él, no es algo externo que lo domina o subyuga, no es algo que el hombre tenga que padecer “pasivamente” como puede llegar a pensarse. En tal sentido, para el filósofo el análisis del poder, no puede ser encasillado dentro de las valoraciones de “lo bueno y lo malo”, porque el poder para el pensador, se delinea como una extensa red de relaciones, en donde el hombre es actor principal, pues su papel fundamental será padecer o ejercer poder.

Es decir, existe un “saber” del cuerpo que no es exactamente la ciencia de su funcionamiento, y un dominio de sus fuerzas que es más que la capacidad de vencerlas: este saber y este dominio constituyen lo que podría llamarse la tecnología política del cuerpo. Ésta hace referencia a ese saber del cuerpo en su inseparable relación con el poder, es el compendio de situaciones presentadas en las relaciones de poder, y de las que ya había mencionado, el cuerpo es el principal protagonista.

El cuerpo se encuentra en una sociedad que ha limitado el espacio para moverse, ha organizado el área, trazando fronteras para demarcar su territorio y así tener control de él, para conservarlo siempre localizado, vigilado para mantener efectivamente la estructura de lo que Foucault considera una “sociedad disciplinaria”, cuya norma de rendimiento está trazada por la observación del cuerpo. En efecto, en “*Vigilar y Castigar*” demuestra cómo el panóptico, propio de la arquitectura carcelaria, no sólo opera en ese espacio para observar los movimientos de los presos desde cualquier ángulo sino que fundamentalmente el panoptismo es una arquitectura de control social que se reproduce no sólo en la planta de producción sino en una progresiva cuadrícula y compartimentación de los espacios sociales.

Para puntualizar, podría decirse que las relaciones de poder se develan en la forma de aplicación del sistema democrático colombiano, en la forma de la administración de la justicia desde el sistema penal del país, reflejando la vigencia del pensamiento foucaultiano en el desarrollo político y social de nuestro país.

La relación cuerpo-poder está reflejada en los juegos de fuerza, de tensión que le imprimen los políticos de turno al manejo de problemáticas sociales contemporáneas, situación que reafirma además que la construcción del sujeto, en el pensamiento esta atravesada por su disposición respecto al poder, pues como cuerpo entra en una dinámica del poder, constituyéndose en un pequeño poder dentro de la “Microfísica del poder”. En la sociedad de hoy somos vigilados y corregidos; en las múltiples instituciones o espacios públicos, somos observados por personas destinadas a tal fin como una especie de panóptico que limita nuestro hacer y actuar.

No obstante, la subjetivación como proceso es la producción de modos de existencia o estilos de vida que pueden resistir al poder y hurtar al saber, aunque el saber-modo objetivo de producir subjetividades intente penetrarlos y el poder intente apropiárselos. La constitución del individuo anormal es un ejemplo de cómo los juegos de verdad entendidos como un conjunto de procedimientos que impuestos o creados por un sujeto, tiene por fin la transformación o el perfeccionamiento del mismo, adoptan la forma de modelos científicos que prescriben un determinado modo de ser; tales modelos determinan qué hacer, qué pensar, cómo vivir, etc. Ahora bien, reconociendo que en los juegos de verdad se imponen modos de objetivación que producen subjetividades, la tarea consiste en aprender el modo de subjetivación propio, partiendo de lo que hemos heredado, en este caso en un nivel discursivo.

Estas relaciones de poder en la medida que son móviles, que pueden modificarse, en la medida que no están determinadas de una vez por todas, no pueden existir más que en la medida en que los sujetos son libres. Esta libertad subjetiva, Foucault la

enmarca en lo que denomina "*prácticas de libertad*", concepción que en su análisis es mucho más fecunda que la noción de estados de liberación. De ahí que se pueda concluir que teniendo cómo objetivo comprender como hemos llegado a constituirnos en sujetos morales de nuestras acciones, la ontología crítica de nuestro ser histórico principalmente se caracterizará por un análisis histórico de los límites que podemos transgredir en tanto que somos libres.

La concepción de poder realizada por Foucault, trasciende las significaciones comunes que se han hecho del mismo (poder económico, político, religioso, médico, psicológico, psiquiátrico, etc.), denotando el imperio o el dominio que se tiene para ejecutar una cosa. En todas estas facetas del poder se halla implícita una constante, develada en términos de relaciones de fuerza. Así el poder no lo ejerce una instancia central, sino que se produce en toda relación de fuerzas de un punto a otro.

En el entramado racional de fuerzas que ostentan las instituciones políticas y discursivas, la vida ha sido un objeto privilegiado en el juego de intereses por el mantenimiento del poder. Durante el período monárquico europeo, la vida de los individuos no significaba más que el elemento a explotar para mantener las prerrogativas del soberano. Más adelante con el período de industrialización europea a finales del siglo XVIII, la vida individual y colectiva se convirtió en objeto de control disciplinario y regulador; el mantenimiento de las políticas económicas fue desde entonces el nuevo soberano.

Las investigaciones de Michel Foucault en torno a las relaciones de poder en cuyo interior se ejercen todas las formas y prácticas sociales y donde el cuerpo entra a formar parte de una "anatomía política", las mismas en las que el cuerpo se ha visto imbuido en relaciones de poder y de dominación, el cuerpo ha sido suplicado, torturado, desmembrado, en fin, se ha visto subordinado a minuciosos dispositivos y disciplinas que lo engloban, lo marcan, le imponen signos, se ve sometido a una sociedad disciplinaria la cual emplea técnicas y procedimientos para formar individuos, esta formación se origina desde la familia, la escuela y la fábrica; lugares donde se tienen vigiladas a las personas y se les puede hacer un seguimiento o evaluación de todos sus movimientos.

Es así como el poder forma ya parte de la existencia del hombre, por ser necesario y por estar presente en cualquier manifestación humana (y me atrevería a decir que en las animales también, aunque no sea aquí el objeto): en las relaciones laborales, en el mundo de la ciencia, la literatura (la filosofía), el matrimonio, el sexo, el arte y hasta en el discurso como tal.

En el momento actual, el proceso de modernización de la estructura social impuesto por el impulso globalizante, genera un reacomodamiento en las condiciones de vida de grandes masas humanas, especialmente las ligadas a la producción industrial y las concentraciones urbanas, teniendo como efecto un número incalculable de individuos marginados en una sociedad que exalta la utilidad, la producción y el consumo, el interrogante que podría hacerse es entonces ¿la supuesta formación que ofrece la escuela al ciudadano que tan eficiente es, teniendo en cuenta que muchos de sus representantes se mofan de sus adelantos conseguidos?

Entre los componentes de este grupo de excluidos del tejido social se cuentan, artesanos, mujeres, ancianos, jóvenes, minorías raciales, homosexuales, prostitutas, desplazados, analfabetas, "personas especiales", niños, etc. Quizás esta situación es la peor caracterización de la vida social propia del actual desarrollo del capitalismo, dominado y manipulado por unos pocos. Para estos grupos humanos el problema consiste en enfrentar, además de la miseria económica, la de una vida colectiva,

lanzándolos no a la libertad, sino al desamparo y, a la miseria del anonimato total; obligado a producir reglas de vida, siendo el riesgo de fracaso y enfermedad mayor en estos sectores.

Todas estas sociedades: Europa, Norte América, etc., acompañaron el desarrollo económico y la modernización con la implementación de políticas sociales destinadas a cubrir los costos humanos del progreso relativo. Son muchas las consecuencias que se podrían nombrar: el creciente problema de la droga, el delito, el abandono del menor, la aparición constante de nuevas gamas de trastornos mentales, estos antecedentes y muchos más son acontecimientos que requieren ser atendidos por programas de cobertura de riesgos, los mismos a los cuales estos marginados no tienen acceso. A estos nuevos laberintos de la vida social, el Estado trata de hallar soluciones técnicas, puesto que no pudieron alterar los procesos en los que se produce la marginación y la alteración mental, se hace prioritario atender sus efectos, puesto que en definitiva estos programas no buscan otra cosa que tender a mantener el conjunto social y los que fracasan desenlazando en la enfermedad mental o el incremento de la marginalidad.

Para terminar la primera parte de esta lectura crítico-reflexiva de los planteamientos foucaultianos enunciados en este escrito, cabe decir que estos no buscan pretender ser una verdad absoluta, así como tampoco la conclusión de conceptos perpetuos que actúen como garantes de las prácticas sociales y culturales, por el contrario, permiten ser cuestionados y por su característica de permeabilidad, propenden por un ejercicio práctico que reafirme la comprensión de la temática de este seminario, así que es legítimo considerar la opción de mantenerse en la vía de ir construyendo los diversos discursos propuestos desde la disciplina de la filosofía como una forma de acceder a nuevas interpretaciones de la obra de este autor, contextualizándolo en la época y la sociedad actual, considerando los escenarios donde transcurre la cotidianidad de los sujetos en tanto actores y objetos de historia y las instituciones donde se expresan saberes y se producen ideologías como lo es el Estado, la iglesia, la familia, la escuela, etc.

A propósito de escuela, ahora entraremos a analizar y a rastrear un poco las nociones de Foucault con respecto a la educación y todo lo que tiene que ver con ésta, dado que se trata de un seminario pedagógico, es el momento propicio para acercarnos a sus propuestas educativas.

Foucault es conocido por sus nuevos aportes conceptuales que desafiaron (y que aún lo siguen haciendo) las convicciones del hombre sobre la cárcel, el hospital, la seguridad, la policía, la escuela, el cuidado de los enfermos mentales, entre muchos otros, no pudiendo faltar dada su inclinación homosexual los derechos de estos, teniendo en cuenta además que su concepción de escuela y su influencia no sólo la limita a ésta sino que la expande a todas las instituciones donde se ejerzan relaciones de poder, las cuales a su modo se convierten en “escuela” o mejor contribuyen con su función “educadora”, donde con el uso de fuerzas represivas consigue el moldeamiento o ajuste del sujeto a determinadas exigencias.

Como todo los grandes filósofos foucault no podía dejar de escribir o pasar por alto los problemas educativos. Es así como habla de la escuela, la cual compara de cierta forma con el acilo y la cárcel, argumentando que en dichos espacios existe y permanece una preocupación por conservar las técnicas de poder y dominación, las cuales se “esconden” detrás de las funciones sociales para las cuales se educa al

ciudadano, al menos para que sólo represente esa imagen benefactora. En consecuencia, es a un discurso de poder y de dominación al que los ámbitos de la educación están sujetos, estando absorbidos y envueltos de un modo fundamental en la “adecuación social” de estos; la escuela se convierte también en otra institución controladora del individuo especialmente en lo concerniente a su acceso a los distintos tipos de discurso, de ahí que maneje un lenguaje que se mueva dentro de lo permitido y lo prohibido, siguiendo y “legitimando” unas líneas fijadas por la diferencia. La escuela y todo su sistema educativo perfilan y constituyen todo un medio político con el fin de mantener o modificar la adecuación de los diversos discursos con respecto al saber y al poder que sostienen.

El examen, por ejemplo, es distinguida como una técnica con unos resultados loables con la que se encuentra y sustenta todo un campo completo de saber, por lo tanto, un tipo completo de poder con el cual la distribución y adecuación de discursos en la educación resulta muy eficiente. El saber entonces, se posiciona como un aliado del poder o como un poder mismo, motivo por el cual ambos conceptos ocupan lugares destacados dentro del cuerpo teórico e investigativo de Foucault, con los cuales forma toda una configuración única e inseparable donde las ideas y las prácticas constituyen un discurso, gracias, reitero, a esa compaginación poder-saber.

El sujeto, persona, individuo, institución, etc., que tenga ese poder-saber, seguramente podrá ostentar un gran poder, se posicionará y ganará un lugar representativo y hasta opresor dentro del medio social al cual pertenece y al que dado su estatus debe producirle, darle o dirigirle con el ánimo de mantener su autonomía convirtiéndose en prestamista de modo que los demás le sean deudores, todo esto con el deseo de sostener su posición. Lo que indica que el poder disponer de algo que otro no tiene y saber como administrarlo ese mero hecho necesariamente ya le otorga cierto poder sobre el otro que necesita del servicio, instrumento, o bien, de lo que se trate.

Ahora, ¿Cómo concibe Foucault la pedagogía para esta particularidad de escuela que propone o mejor que define y describe mostrando y resaltando su poder en el medio social?, uno de sus analistas con respecto a la concepción de pedagogía la describe cómo “la transmisión de una verdad que tiene por función dotar a un sujeto cualquiera de actitudes, de capacidades, de saberes que antes no poseía y que debía poseer al final de la relación pedagógica” (Quiceno, 2003, 201)

Dicha definición confirma la “autoridad” que representa la escuela en el medio social, dotando al estudiante de una capacidad mayor y/o nueva y en la medida que atribuyen saberes a quienes pasan por sus espacios logrando la adquisición del saber o del aprendizaje como tal, le confiere a dicho sujeto un poder el cual a su modo reivindica el poder mismo de la escuela, esto es, nadie puede dar de lo que no tiene, habría que preguntarse que tan rico en poder es este “dador”, sería más o menos así el interrogante que lo expresaría: ¿la escuela tiene para darle a todos? Una respuesta un poco apresurada podría decir si, en efecto todo aquel que se “apresta” a la escuela se convierte en un deudor de ella, y quizás esto esté bien, sin embargo, todavía se hace necesario matizar la situación, es decir, la escuela también tiene sus exigencias, las cuales en función de su cumplimiento podrían verse como “poderes menores”, tales como unos recursos económicos puesto que estudiar ya sea en una institución pública o privada siempre va a representar unos gastos de corte económico, por otro lado, está la capacidad mental, vista como unos condicionamientos que garanticen la adquisición del conocimiento; también está la disposición del ánimo como otra

exigencia, en fin, pueden enunciarse muchos otros requisitos para conseguir el logro al cual responde la finalidad de la escuela, en éste orden de ideas, necesariamente se necesita poder para adquirir más poder.

La pedagogía se puede considerar como una saber y este en tanto que poder o mejor como instrumento de poder, “el saber produce un sujeto de saber que es el sujeto que se identifica, acata, hace suyo ese saber hasta tal punto que ese sujeto se ve sujetado por el poder, pero no reconoce la sujeción, sino que considera que ser sujeto de saber es una liberación”. (*Ibíd.*)

El sujeto de saber tiene un “doble poder” aunque no se percate de ello: el poder del saber y el de ser su esclavo, de ser “dominado” y condicionado por éste. Lo que supone que a mayor saber mayor compromiso con él, mayor responsabilidad de servilidad y de serle útil a ese saber, mayor responsabilidad de guardarle “fidelidad”, aunque ésta sólo se dé de modo inconsciente o esté implícita en el saber mismo.

Aunque parezca que saber y poder guardan una relación horizontal y correlativa en realidad no es así y es una situación que bien puede llevar a mal entendidos, para el filósofo es el poder el que crea el saber y con él el sujeto de ese deber, siendo la disciplina el medio que hizo posible dicho proceso, motivo por el cual la pedagogía se convirtiera en una disciplina puesto que llenó o cumplió con ese (os) requisito (s).

Foucault entonces, luego de investigar, analizar y estudiar con detenimiento y reconocer el “peligro” que representa dicho saber se aleja de él, de ahí, que luego se entregue a estas formas de poder sólo para refutarlas y resistirlas y no con el ánimo de validarlas, ejercicio que por su puesto hace mucho más interesante sus propuestas.

¿Qué en el autor puede entenderse por saber pedagógico?, antes habrá que definir o mejor identificar la noción de saber la cual puede delimitarse como aquella que sirve para fundamentar, estabilizar y darle forma a una serie de conocimientos, es mediante el saber por el que los procesos institucionales suelen ser producidos, dándoles en cierta forma una autonomía para que se establezca unas “normas”, unos procedimientos, unos deberes y obligaciones de los usuarios con respecto a la institución y dependiendo del nivel o modo como cada sujeto participa de ella, esto es, en el caso del hospital tanto la enfermera como el médico y el enfermo se hacen sujetos partícipes de ésta institución, ahora, no por ello su relación con ella es la misma, en especial la de los dos primeros con respecto a éste último, hay una relación diferente desde la admisión o motivo de estadía en dicho lugar que representa situaciones distintas para dichas personas. Igual con respecto a la institución carcelaria y con ella la relación cárcel-derecho y privado de la libertad-guardián.

El saber, así entendido, actúa a modo de fuerza teniendo influencia sobre las cosas, los hombres, junto con sus hechos e ideas a los cuales les confiere una cierta voluntad de poder. Foucault piensa que existen dos pedagogías: una que quiere producir el sujeto y otra que lo que quiere es transformar ese sujeto, ese ser sujeto. Se hace indispensable la distancia o diferencia que existe entre el saber en su sentido positivo o de positividad si se quiere y el saber como relación de poder además de los dos tipos de sujeto, etc.

A pesar de que Foucault no tiene un Emilio, un Zaratustra, un Sócrates, un Fausto, un Hiperión o cualquier otro personaje ficticio pero tan “poderoso” y completo que sea capaz de albergar toda su idealidad teórica con miras a concebir y representar su figura de sujeto perfecto, en su caso, la crítica que tiene para con el sujeto, la concretiza con el uso del discurso histórico, el cual no tiene mayor pretensión que

problematizar la educación del hombre, pero sólo y básicamente eso, no pretende dar la lección, la idea o solución y que con su aplicación se pueda llegar al hombre perfecto, no, la propuesta foucaultiana dista mucho de una receta. Por el contrario, el hombre al que alude Foucault si es real puesto que habla de aquel que fue, que tuvo una existencia, que tuvo algo que ver con el presente y el futuro, que hizo su participación que halla sido o sea posible dentro de una clasificación que la estandarice como buena, mala, adecuada, inadecuada, no es muy relevante para él, cómo si lo es su impresión que haya dejado cómo hombre perteneciente a una antigüedad dando pie al discurso del sujeto actual, discurso que más que hablar del sujeto en realidad hiciera alusión y hablará de la subjetividad.

Con Foucault pueden identificarse varios tipos de discurso y aunque su discurso suela ser de liberación, sus indagaciones históricas no parecen ser muy liberadoras y más si se tiene en cuenta que no se dirige a ningún sujeto en especial, sino que más bien trata el modo como los sujetos han aparecido gracias a la intervención del hombre, aunque es menester reconocerle su significado y pretensión. Va a ser en su discurso como profesor donde la panorámica mejora pero antes es menester dar por sentado que en Foucault es casi imposible, sino imposible, hallar un saber pedagógico positivo con carácter de educador, normalizador, que propicie un progreso, etc. Como éste puede haber otros motivos para decir que Foucault no es pedagogo a menos que se le relacione con lo que él llama psicagogia, es decir, la modificación del modo de ser de un sujeto. Siendo así, la factibilidad de reconocer en Foucault a un pedagogo se acrecienta enormemente, en la medida que su objeto o finalidad es el cambio o mejor, transformación del sujeto.

En consecuencia, hay dos tipos de educación: una la conocida y a la vez reconocida por la mayoría de los hombres puesto que de una u otra forma han “sufrido” sus consecuencias y alcances, siendo la que le brinda un saber intelectual específico, unos parámetros para que el estudiante piense limitadamente, siendo una forma de pensar disciplinaria, donde uno de sus logros es la sujeción del sujeto a la institución. La otra en cambio, es la educación que pretende una liberación, una ilustración del sujeto que lo capacite en la riqueza del pensar por si mismo, en esta educación y con ella la pedagogía logra centrarse ya no en un adiestramiento y disciplinamiento del sujeto, sino de producir en él una transformación o mejor, llevarlo, conducirlo, motivarlo a procesos de transformación de su propia subjetividad, en la medida que no se trataría de un sujeto sino de unos procesos de subjetivación, siendo ésta concepción la mayor deuda que la filosofía tiene para con Foucault, puesto que marcó un hito muy importante dentro de la misma historia, puesto que con relación a su planteamiento, su pensar logró establecer diferencias, las cuales se hacen partícipes de procesos de subjetivación. También en su definición de filosofía, dirá que ésta debe ser “el ensayo de transformación de uno mismo”, con Foucault se da una modificación, reestructuración y quizás hasta una deconstrucción del saber y de nuestra relación con él, con el fin de concretar el abandono de ser sujeto para crear el sujeto. En ésta tónica comparte en su concepción pedagógica el acercamiento al concepto alemán de formación (*Bildung*) del cual también se sirven muchos otros filósofos como Kant, Hegel y Schiller. Aunque la *Bildung* quiera ser aplicada de distintos modos por dichos filósofos, perdura su riqueza conceptual y significativa propia de la lengua alemana, la cual la concibe como una experiencia educativa especial en la medida que no se agota en los límites de la escuela o alguna otra institución, sujeto o doctrina, como experiencia trasciende el estado inicial del sujeto puesto que implícitamente conlleva

su carácter transformador, pretende darle identidad al sujeto, en el caso de Foucault dirá que se dará en su sentido ético.

Con todo lo anterior, puede dilucidarse la concepción foucaultiana de libertad, la cual está por fuera o al menos muy lejos de la idea de respeto para con el otro y su espacio, en éste caso la libertad es aquella en la cual el sujeto abandona su sujeción a la moral y en un gesto autónomo se enfrenta consigo mismo, hace uso de su “auto-poder”, de modo que ya no sólo está en capacidad de ejercer poder sobre lo(s) demás sino también sobre sí mismo al modo como lo plantea Norberto Bobbio en su diccionario político cuando define el concepto de poder en sus distintas ramificaciones, incluyendo el poder que el individuo puede ejercer sobre su propio cuerpo.

He aquí el individuo ético; aquel que busca el abandono de su estado de sujeto, puesto que busca la libertad a pesar de que en el fondo parezca que no deja de ser esclavo, en la medida que deja, que abandona su sujeción al otro para crearse su propia sujeción, se somete a fuerzas y formas que él mismo se impone, a pesar de que parezca imposible escapar del estado de sometido, prefiere la propia conducción y no caer bajo la conducción de otro, lo que no indica un estado de libertad, al menos en su sentido completo, sino un estado de esclavitud menor, aunque no sea ésta la síntesis o posición de Foucault.

Lo que gana relevancia es el paso del sujeto moral al sujeto ético, donde la Bildung como educación obtenida por voluntad propia se convierte en una experiencia personal que como tal conlleva a una transformación, en la cual verá Foucault germinar al intelectual que representa al hombre formado, el hombre ético y no al hombre instruido y moralizado al beneplácito de cualquier otro. El intelectual es aquel que lleva su “propio sello”, su propio estilo de vida, casi podría llamársele el auténtico, la copia única, puesto que está hecho al gusto de un sólo autor: el mismo.

Surge de ahí el siguiente interrogante: ¿si el intelectual se preocupa por producir su propia libertad, como reconoce que no atropella la libertad de los demás?, algo así como los límites de su libertad y la de los demás, reconocer el punto donde él no atropelle la libertad del otro y éste la suya. Foucault no es tan ingenuo como para dejar sin sustento este pensamiento, antes bien, puede exponerlo con una riqueza casi ilimitada en la cual tiene en cuenta referentes como el otro (“*la otredad*”), la intersubjetividad puesto que el hombre es un ser que desde el momento mismo en que nace o quizás antes necesita del apoyo, cuidado y servicio de otra persona. Cómo estos pueden encontrarse muchos argumentos e ideas que ilustrarían la situación, sin embargo, una de sus respuestas se puede encontrar en su obra *Tecnologías del yo* donde dice que “... somos herederos de una tradición secular que respeta la ley externa como fundamento de la moralidad. ¿Cómo puede entonces el respeto de sí ser la base de la moralidad? Somos los herederos de una moral social que busca las reglas de la conducta aceptable en las relaciones con los demás.” (Foucault, 1990, 54). Aunque dentro del sistema al cual se pertenece, algunos de sus miembros pretendan manejar patrones de comportamiento egocéntricos los cuales parezcan pensar sólo en su beneficio, aun así, manejan más o menos un mismo respecto por el otro, lo que puede ser pensado como la ley externa tanto la artificial, la escrita como aquella que se tiene como principio básico de convivencia muy relacionada con la expuesta por Hobbes en el ciudadano: respeto con el otro con el ánimo de que el se comporte igual, aunque con Hobbes más que respeto es un temor del cual quiere escapar “sacrificando” su libertad para permitir que un tercero (el Estado) intervenga

entre los individuos con el fin de garantizar la seguridad del ciudadano con el otro (su vecino) el cual es un "peligro, un ofensor" potencial del cual es necesario cuidarse. El papel del intelectual no residiría en situarse delante de las masas, sino, en luchar en contra de las formas de poder allí presentes, su labor es realizada, en el terreno del "saber", de la "verdad", de la "conciencia", del "discurso"; el papel del intelectual consistiría así en elaborar el mapa y las acotaciones sobre el terreno donde se va a desarrollar la batalla, y no en decir cómo se llevaría a cabo. Luego dirá Foucault que:

"...el poder no es más que un tipo particular de relaciones entre individuos. Y estas relaciones son específicas: dicho de otra manera, no tienen nada que ver con el intercambio, la producción y la comunicación, aunque estén asociadas entre ellas. El rasgo distintivo del poder es que algunos hombres pueden, más o menos, determinar por completo la conducta de otros hombres, pero jamás de manera exhaustiva o coercitiva." (Foucault, 1990, 138)

Se ha hablado de sujeto en Foucault y quizás de un modo limitado se halla ganado alguna comprensión de su significado, sin embargo, se hace necesario entrar a especificar su consistencia y alcance conceptual, así pues, es menester enfatizar con la mayor precisión posible del término que por demás es sistemáticamente ambigua su definición de "sujeto", esto en la medida que tiene una doble mirada o funcionalidad si se quiere; por un lado, significa estar ligado a alguien mediante en control y la dependencia y por el otro, es el estado de vinculación a la propia identidad por el autoconocimiento o la conciencia., uno de sus analistas así lo describe:

"para Foucault, estos sentidos no son contradictorios. El sujeto constituye la base sobre la que se funda el discurso y, al mismo tiempo, el modo de objetivación que transforma a los seres humanos en sujetos. Este discurso sirve para todas las tentativas de comprender, definir y conceptualizar qué es el ser humano. En otras palabras, "sujeto" lleva consigo el doble significado de sujeto conocedor activo y de objeto sobre el que se actúa: un producto del discurso. En términos del discurso, podemos decir que el sujeto habla y se habla de él." (Ball, 1994, 18)

Con lo anterior en términos epistemológicos podemos decir con Foucault que el hombre aparece en su postura ambigua como objeto de conocimiento y como sujeto que conoce, haciéndose casi imposible sino imposible desligarlos puesto que los separa una franja muy delgada permitiéndolos reconocer sólo en casos específicos y especiales donde dependiendo de la mirada que se haga del mismo es que va a aparecer en función de alguna de sus potencialidades.

Con el ánimo de ir concluyendo esta reflexión, es indispensable resaltar el modo tan particular como Michel Foucault hace filosofía, puede calificarse de enriquecedora además de que envuelve al lector y lo recrea en "su mundo", en el mundo visto desde su perspectiva, ésta experiencia la tiene cualquier persona que se acerque a sus obras y en la medida que las lee fácilmente se siente atraído por otra y así hasta que necesariamente siente la necesidad de leerlas todas, no se trata de adorar al pensador, antes bien, se hace necesario leerlo con sentido crítico más que dogmático.

En cuanto a lo dicho por el autor de la Microfísica del poder, cuando se entra a considerar el fenómeno del poder, que por cierto lo traerá a cuento en todas sus obras, hace de él un análisis a partir de dos relaciones: a) dominación: cómo represión, materializada en términos de lucha, de subyugación y sumisión, esto como un ejemplo del poder desmesurado, no comparado con el despótico relacionado con el poder del soberano, en este caso, puede darse en relaciones entre hombre-mujer, padre-hijo, maestro alumno, en cambio el otro, b) contrato: cómo la opresión que se experimenta, aquí si puede dársele un calificativo de corte jurídico, donde el poder tiene una fundamentación de legítimo o ilegítimo, en éste último caso se hablará del déspota, aquel que ostenta el poder abusando de su posición jurídica. A partir de estas dos distinciones básicas puede decirse que se fundamentan el resto de relaciones de poder, con sus distintos niveles de sutilidad que la “sociedad se permite”, son esos niveles o escalas pequeñas de poder en las que Foucault quiere llamar la atención, puesto que desde estas es que se estructuran los “megapoderes” que en realidad no es un poder como tal sino la conjunción de subpoderes y micropoderes que sujetan al hombre casi de un modo imperceptible para él, conformando así un poder global.

Dando por terminado, más no por cerrado y menos agotado el panorama temático puede verse que el texto comienza y termina hablando de poder, lo que no quiere decir que todos los escritos que intenten estudiar al filósofo tengan la misma consecuencia sino sólo para señalar la presencia y relevancia que tiene el concepto de poder en Foucault, como hablar de historia, sujeto, escuela, filosofía, Estado, policía, padre, hijo, esposo, esposa, maestro, estudiante, etc., todos estos y los restantes por mencionar están contagiados en relaciones de poder y aunque todos los padecemos de una u otra forma a diferente escala o frecuencia en la medida que algunos tienen que hacerla y otros que obedecerlas, siempre se responde ello. En el ámbito escolar y más específicamente en la escuela es donde se presentan las mayores relaciones de poder y donde se cultivan y preparan a los individuos para que sean “creadores” u “obedientes” de estas, aunque no sin antes sufrir en alto grado su alcance, aún hoy, a pesar de que los tiempos de Foucault en comparación con la contemporaneidad el ambiente escolar ha cambiado y ha dado un giro casi de “trescientos ochenta grados”, puesto que se ha pasado de la educación tradicional a otras como la progresista, por mencionar un ejemplo, lo que quiero decir es que el grado de obediencia del estudiante de la escuela tradicional en comparación con el del estudiante contemporáneo es abismal, lo que no quiere decir que las relaciones de poder, especialmente en el ámbito escolar esté sujeto a la obediencia del estudiante, de ninguna manera, digamos que la obediencia sólo compone una pequeña parte de las relaciones de poder, puesto que estas son mucho más que un sujeto o individuo que manda y otro que obedece o se revela, detrás de toda relación hay un devenir histórico, legal, ético, “deudor”, religioso, económico, que posiciona al individuo en una u otra posición sin que pueda escapar a la afectación de dichas relaciones, bien sea por rechazo, aceptabilidad o tal vez indiferencia.

Las relaciones de poder será algo que siempre ha existido y seguirán existiendo mientras exista el hombre, baste decir que el maestro contemporáneo debe ser un experto en ellas, no para “dominar” a sus estudiantes, ni tampoco para que estos lo haga con él, sino para intentar establecer un equilibrio en dichas relaciones, puesto que es una utopía pensar que las puede opacar o menos aún eliminar, estas sólo son una herramienta que esta en función del beneficio del individuo, como también lo esta el fuego, la pólvora, etc., solo que como a estas hay que darle una buena

administración y uso, en tónica pragmatista hay que emplearlas con el ánimo de aprovecharlas al máximo, claro está, en un sentido universalista y genérico, es decir, que sea en, por y para el beneficio de todos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS:

Foucault, Michel. (1978). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.

_____ (1990) *Tecnologías del yo*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica.

_____ (1992) *Microfísica del poder*. Madrid, Paidós, 3ª edición.

_____ (1994) *Hermenéutica del sujeto*. Madrid, la Piqueta.

Ball, Stephen J. (1994) *Foucault y la educación. Disciplinas y saber*. Madrid, Ediciones Morata.

Quiceno, Castrillón Humberto. (2003) "Michel Foucault, ¿pedagógico?" en: *Revista educación y pedagogía*. Medellín, Universidad de Antioquia, facultad de Educación, Vol. 15, nº 37,

BIBLIOGRAFIA

Foucault, Michel. (1999) *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI.

_____. (2001) *Los anormales*. México, Fondo de cultura económica.

Gómez, Lucia. (2003) *Foucault y el análisis sociohistorico: sujetos, saberes e instituciones educativas*. En: *Revista educación y pedagogía*, Medellín, 2ª Edición, Vol.: 15. Nº: 37.